

## Historia vivida

Andrés Angelines

Aquella noche casi no había dormido. A pesar de eso tenía los ojos muy abiertos y con un brillo que delataba su enorme curiosidad. Pronto cumpliría cinco años. Se sentía mayor y había preferido ir con su abuelo. Salieron temprano, acomodando el paso del uno al otro. Así llegarían con todos. Recordaba que una vez le dijo al abuelo que le dolía el pie (y que no era verdad), pero éste no dudó en cargárselo a corderetas durante un trecho. Estas, y otras estrategias no relatadas, las dominaba el pequeño. También sabía que el abuelo le escuchaba siempre. Aunque ya los conocía le gustaba hacer repetir los nombres de los árboles: pinos, chopos...; de las flores, pues ya era primavera, aliagas, espinos, margaritas, ababoles...; el color de las piedras; de las aves rapaces, cuyo conocimiento superaba al del abuelo. Y sobre todo imaginaba la presencia de las cabras, que ya había visto en otras ocasiones, y que ahora adivinaba contemplando desconcertadas, desde la lejanía, el alborozado desfile humano.

El sol iluminaba el pueblo cada vez más lejano. El color de las casas era distinto y parecía más pequeño. A medida que se acercaban a la ermita el tamaño de ésta se iba agrandando. Las gentes llegaban en grupos y se acomodaban en su derredor. Unos les habían pasado andando. Otros en vehículos que levantaban un molesto polvo blanquecino de tierra, que contrastaba con el humo oscuro, en el horizonte, de las primeras fogatas, en cuyas brasas luego se asarían las chullas y otros manjares.

La campana tañía, acompañada del murmullo cada vez más intenso de los romeros. El niño quería ver fuego grande, no pequeño como el que hacía su abuela en el hogar de casa. Las preguntas de éste se hacían cada vez más complicadas. ¿Por qué viene aquí tanta gente?



preguntaba. Porque un día, hace muchos años se apareció la Virgen María. ¿Por qué?, ¿cómo vino? insistía el niño. Para que las gentes la vieran, respondía el abuelo, hoy celebramos ese día, y es como si se apareciera otra vez. Pero yo no la veo, abuelo. Has de saber que no sólo tenemos ojos en la cara, también vemos con los ojos del alma. ¿Y dónde están esos ojos, abuelo? Vamos un poco de prisa que son cerca de las doce y media y la misava a comenzar.

El niño pensaba, y no sabía. Yo sí que sabía y acabé pensando que hace sesenta años, cuando no había cumplido los cinco, yo también vine aquí, andando, de la mano de mi abuelo, en la fiesta de Pentecostés, a la Ermita de la Virgen del Buen Suceso, de Fortanete. La fiesta comienza ahora, y comprendí que no acabará nunca si somos capaces de transmitir lo que heredamos a nuestros herederos. En este caso uno de los mayores milagros de la naturaleza: la vida. La historia vivida.